

ADOLESCENCIA

SIGLO XXI



“Nuestro mundo ha llegado a un estado crítico. Los hijos no escuchan a sus padres. El fin del mundo no puede estar lejos.”

(Inscripción de un jeroglífico de un padre egipcio, alrededor de 2000 a.C)

Hace ya más de treinta años, todavía en la Facultad de Medicina, tomé la decisión de dedicar mi ejercicio profesional a la atención de adolescentes, lo cual he hecho los últimos veintisiete años, en que calculo haber asistido unos treinta mil adolescentes. En estos años, muchas han sido las experiencias y muchos los cambios que he visto en ellos y en sus familias. Y si nos dejamos llevar por el jeroglífico, vemos que el señor no tuvo razón, pero se siguen diciendo las mismas cosas de los hijos, y seguimos esperando el fin del mundo.

La adolescencia, como etapa vital, como etapa preparatoria para la vida adulta, ha sufrido cambios sustanciales en el pasado fin de siglo y en el comienzo del actual. No es que “todo tiempo pasado fue mejor”, sino que la familia, en sus múltiples formas, se ve diferente según dónde se ponga el acento. Los adolescentes son ellos y su entorno: sus padres, sus hermanos adultos y niños, las nuevas parejas de sus padres y madres, los abuelos y los novios y novias, y en este relativamente corto tiempo – antropológicamente corto – hemos debido modificar la forma de abordarlos.

La adolescencia postmoderna

¿Cuáles fueron esos cambios, cómo se han modificado las conductas de los adultos que constituyen sus modelos?

El término *postmoderno* fue utilizado por primera vez en los años ‘70. Hubo una modificación sustancial en lo referente al valor del placer, que se constituyó en un fin en sí mismo. Comenzó a priorizarse el *presente* como el tiempo al que dedicar la atención y el *cambio*, lo *nuevo*, lo *diferente*, ya no constituyó motivo de atracción ni sorpresa, sino que pasó a ser la forma normal de vivir.

En los años 90, surge el término *hipermodernidad*, para definir estos tiempos de globalización e *hiperconsumo*, en los cuales los bienes a consumir están disponibles las 24 horas, desde cualquier parte. Comienza el consumo *hiperindividualista*, donde cada persona tiene que tener para ser. Todo debe tender a producir satisfacción, la perenne alegría del que lo tiene todo. Y ahora, YA. Dejamos de ser nuestra historia, nuestros ancestros, y ya no nos proyectamos al futuro en nuestros descendientes, sino que es en la eterna juventud donde trascenderemos.

Es en este mundo de velocidad, hiperconsumo y búsqueda de placer, que nuestros adolescentes, los de todos los niveles sociales, crecen, aprenden y se desarrollan. Y ellos viven las mismas situaciones que sus adultos de referencia: la sustitución de los valores tradicionales – que no son *tradicionales* para ellos – por esta cultura mediática y del cambio permanente.

La adolescencia comienza más temprano, y termina más tarde, porque este mundo también es exigente y competitivo, y hay que formarse para penetrar en él. En la otra punta de esta realidad, están los niños y adolescentes de la pobreza, que, con poco o ningún acceso a los bienes de consumo, deben *crecer* y hacerse adultos, en un mundo que no es para ellos, y exponerse a los riesgos de esa incompatibilidad.

Ambos llegan a la adolescencia luego de una niñez veloz, marcada por agendas imposibles de cumplir, por innumerables tareas a llevar a cabo, que aseguren ese éxito que se hace imprescindible

para ser feliz. Y se encuentran con más tareas, y con todos los productos que están hechos para ellos. Entre ellos, las drogas, las sustancias psicotrópicas (qué no es más que “sustancias que tienen predilección por el tejido nervioso”) son el paradigma de ese cambio. Porque si bien siempre existieron, siempre estuvieron presentes en el devenir humano, ahora son infinitamente más variadas, más disponibles, más aceptadas.

La adolescencia de la postmodernidad es un fin en sí misma, está llena de tentaciones, y de velocidad: hay que vivir el hoy, y rápido, todo lo que los chicos viven es un intrincado montón de tareas que deben llevar a cabo y actividades que *desean* realizar, justamente por ser adolescentes.

Y estas generalmente tienen mucho de instantáneos: chat (Whatsapp), juegos en línea; y *rápidos*: videos, cada vez más breves (TikTok) con su sucesión vertiginosa de imágenes que buscan asombrar, mostrar lo nuevo a cada momento, porque lo nuevo, una vez que se ve, ya es viejo, forma parte del pasado. Si unimos estos cambios sociales, culturales, con la etapa de cambio y maduración que atraviesan los adolescentes, es natural y hasta lógico, que estén en riesgo. Porque a su búsqueda de placer propia de la etapa, se une la inmadurez de los sistemas de control neuropsíquico, y los estímulos externos a la enésima potencia.

La Familia

La familia cumple, desde tiempos pretéritos, funciones de contención, sostén y respaldo. Es el ámbito natural de crecimiento, formación y desarrollo del ser humano, quien, al decir de uno de mis maestros “...nace prematuro y necesita de una segunda gestación en un segundo útero. Ese segundo útero es la familia”. La familia es un sistema de relaciones de afecto, en el que el ser humano permanece en etapas fundamentales de su vida, la del crecimiento, desarrollo y formación.

El enfoque de la familia centrado en los adultos, fue sustituido por el centrado en el niño, el cual se exageró, se presentaron a los padres y educadores innumerables teorías, muchas de ellas de dudosa rigurosidad científica, que los dejó desprotegidos, dubitativos, y fundamentalmente inseguros de sus propias habilidades para educar a sus hijos. La cultura se volvió “niñocéntrica”.

Los adultos entonces comenzaron a tolerar, permitir, claudicar de su autoridad, en el entendido de promover el desarrollo de la libertad de los niños y adolescentes, de favorecer el desarrollo de su capacidad de elección, su libre albedrío, el goce pleno de sus derechos, y evitar aquellas consecuencias catastróficas que desde posiciones ideológicas de dudosa autenticidad, les decían que iban a tener lugar si ellos actuaban con autoridad.

Se convierten los jóvenes entonces en “*sirenas y centauros*, con una mitad adulta para sus derechos y una mitad bebé para sus obligaciones.” Pero en esa abdicación, que busca acrecentar algunos derechos, quizás, y sin quizás, se coarta otro, más primordial: el derecho a ser protegidos. Recordemos que los padres tienen la obligación de cuidar, de proteger a sus hijos. Está escrito en el Código de la Niñez, en los acuerdos internacionales que el país ha firmado, y en el código genético de la especie humana!

Como médico de adolescentes, interactúo en forma permanente con las familias, y veo estas dificultades a diario, en cada joven y familia que concurre en busca de apoyo y ayuda. Si bien la mayoría de los jóvenes transcurre esta etapa sin mayores problemas; cuando estos existen, siempre están presentes las dificultades relacionales en su núcleo familiar primario.

Siempre surge entonces el tema de la estructura familiar, su relacionamiento, las formas en que se manifiesta la autoridad. Y sin duda, la constante desorientación de los padres, atrapados entre su propia educación, que criticaron en su momento y ahora consideran adecuada, y lo que les dicen las “modas” actuales, referente a los derechos infinitos de los hijos, y los deberes también infinitos de los padres. Es difícil que se nombren sus contrarios: **los deberes de los hijos, y los derechos de los padres.**

Tareas del adolescente

¿Cuáles son las tareas que debería llevar a cabo un adolescente durante su pasar por esta etapa? Debería elaborar un proyecto de vida, tanto en lo personal, en su vida de relación y académica, como laboral: **cómo se ganará la vida.** ¡Menuda tarea! Para tener un proyecto de vida es necesario

tener la capacidad de manejar el tiempo, para entonces manejar la noción de futuro. Ser capaz de esperar, de retrasar la obtención de lo deseado, es la muestra más clara que podemos tener de que el tiempo existe. Nuestros actuales adolescentes tienen serias dificultades para hacer ese manejo: no pueden posponer, porque toda la cultura les dice que lo que importa es el presente, ahora, YA. Circula por Internet un mensaje que lo dice claramente: “*El pasado es un recuerdo. El futuro es un anhelo. El ahora es un regalo, por eso se llama presente.*”

Y hasta se ha popularizado una locución latina, “*Carpe diem*”, traduciéndolo como “*Vive el día*”, cuando en realidad Horacio, su creador, quiso decir “*Vive el momento, no confíes en mañana*”. (Wikipedia) Quizá fuera el antecedente de una frase que repetían mis dos abuelas: “*No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy*”, que promueve una filosofía bien diferente de la de vivir el día.

En esa falta de proyecto, en esa incapacidad de tomar decisiones, va transcurriendo el tiempo y la adolescencia se alarga, continuando con la *adullescencia* que ahora está hasta en los comerciales.

Tareas de los padres

Fundamentalmente, deben armonizar entre las diferentes tareas con que la paternidad y la maternidad les desafían, que podríamos resumir en *amor y firmeza*. Son los aspectos *nutritivos y normativos* de la parentalidad. Es tarea de los padres todo lo que hace al aprendizaje de normas y reglas, que son en definitiva los límites que todos tenemos. Los podríamos asemejar a las barandas de un puente: si bien nos limitan al caminar, nos protegen de caer al vacío. Los padres deberían ser capaces, justamente porque aman a sus hijos, de soportar la incomodidad, el esfuerzo y el estrés que ocasiona educarlos normativamente.

Debemos entonces rescatar el derecho a disfrutar de los hijos, la parte nutritiva, nutricia, agradable, y el deber de imponer la jerarquía. La estructura familiar se muestra en el genograma y en éste los padres se dibujan arriba, y los hijos abajo, mostrando la estructura jerárquica de la familia. Dice Hanna Arendt que la educación es una estructura *fatalmente* asimétrica, pues en ella se produce el arribo de un ser humano que *nada sabe*, a un núcleo formado por otros dos que sí saben. También debemos legitimar la lucha generacional, porque los hijos deben *diferenciarse* de los padres, y para ello muchas veces deben discutir. Esa trasgresión es parte de su crecimiento, y mientras se mantenga en niveles abordables, es una señal de que todo marcha bien. Los hijos crecen a través de tensiones, de la lucha de los jóvenes por conquistar derechos y territorios que están reservados a los adultos. Y esto ha sido así desde siempre. Nuestra propia adolescencia, y hablo de los '70, estuvo marcada por hitos de esta naturaleza, en lo musical, en la vestimenta, en el peinado, y en las *conductas*. Comenzar a fumar, usar minifalda, escuchar y bailar rock, usar cabello largo, fueron las trasgresiones que nos permitieron crecer. Pero para que esa lucha sea fructífera y no destructiva, es necesaria la resistencia de los mayores. Porque de esa manera la lucha demandará esfuerzo, y los jóvenes deberán demostrar que son capaces de gozar de esos derechos.

Una de las cosas más difíciles para los padres, es el estar convencidos de que tienen, no solo el *derecho*, sino la *obligación* de ejercer autoridad, y de estar al tanto de lo que sus hijos hacen. Padres involucrados son garantía casi segura de hijos con menores riesgos.

Es frecuente en estos tiempos que los padres afirmen, con absoluta seguridad, y generalmente en el contexto de un adolescente conflictivo, que son “muy amigos de sus hijos”. Usando el humor, ese enorme recurso del cual disponemos los seres humanos, suelo decirles: “Uy, pobre! Es cómo si fuera huérfano!” Porque es prácticamente una situación de orfandad: carente de referentes adultos que actúen como tales, el niño o joven busca en otros lados a quien le de pautas de vida, valores, que lo guíe y lo ayude a transitar la etapa inexorable de crecer.

Y al poner normas y también respetarlas, los padres están contribuyendo a que esa norma se vuelva *interna*, se naturalice, comience a formar parte de su transcurrir por la vida. Y eso no solo no es malo, sino que es la base de la convivencia en sociedad y de la civilización.

Y esto vale para todo: lenguaje, colaboración en el hogar, conductas en el tránsito, alimentación, rendimiento escolar, y por supuesto, consumo de alcohol y drogas. En unas, serán para que asuman a tiempo su responsabilidad, y en otras, para que difieran, posterguen el inicio de esas conductas, en beneficio de su propio desarrollo. Parafraseando a mis abuelas: “No hagas hoy, lo que puedas dejar para mañana”

(Nota-ruego al pie: no le compre moto a su hijo, si no puede tener licencia de conducir)

Comentarios finales

En medio de tanta obligación, y normas, y conflictos, ambos, adolescentes y padres, tienen derecho a ser tratados con respeto, a recibir afecto, atención. A tener actividades en conjunto, buscar intereses comunes, que siempre los hay, es cuestión de tomarse el tiempo y la paciencia de buscarlos. Mantener diálogos respetuosos sobre todos los temas, aun los que estemos menos de acuerdo. Vivir con un adolescente es como estar en un permanente consejo de salarios: siempre negociando, imaginando nuevas soluciones y que todo esto transcurra en un ámbito de respeto, al adolescente, y entre los adultos. También afirmo que las normas contradictorias son casi garantía de adolescente en riesgo.

No tengo dudas que ha habido cambios en las conductas de los adolescentes y de sus familias en este comienzo de milenio. Y fundamentalmente cambios en el entorno que les toca vivir. También que quienes somos sus referentes hemos tenido que modificar nuestra aproximación a ellos, no para retacear ni coartar sus derechos, sino justamente para acrecentarlos, para ponerlos a su disposición, ayudándolos a hacer lo que inevitablemente deberán hacer: *crecer*. Y para ello necesitan a sus padres. Por lo tanto, nosotros debemos asistirlos en ese conjunto: los jóvenes y sus padres.

Veo todos los días los maravillosos recursos que las familias ponen en práctica, las formas en que cambian y se adaptan a los nuevos tiempos, resistiéndose estoicamente a la predicción nefasta de su desaparición. Porque a los cambios responde con nuevos cambios, y con nuevas esperanzas.

Veo todos los días adolescentes maravillosos: curiosos, intrépidos, solidarios, divertidos, amigables, respetuosos. Mi trabajo es maravilloso: no existe la rutina y cada día, desde el siglo pasado a éste, aprendo algo nuevo.

Lecturas recomendadas

Lipovetsky, G. (2009). La pantalla global. Barcelona: Anagrama.

Lyotard, J. F. (1987). La condición postmoderna. Ediciones Cátedra.

Ps.Laura Batalla
Médica experta en Adolescentes